

No hay margen fiscal para hacer frente a la crisis y la caída de ingresos disparará el déficit a dos dígitos

PIB-. La decisión de la madrugada del pasado jueves del Banco Central Europeo de comprar deuda por 750.000 millones de euros alivia al menos de momento la presión que el Gobierno español va a tener para financiar sus necesidades. Nadie cuestiona las medidas para inyectar liquidez, aunque los 200.000 millones anunciados por Pedro Sánchez la pasada semana son de momento más un ejercicio virtual que una realidad porque se traducen en avales que sólo se materializarán si las cosas van mal. Y de momento, todo apunta a que será así.

Sólo va a haber dos formas de financiar ese déficit al que estamos abocados: Deuda o subida de impuestos. Para la primera tenemos hay poco margen y la subida de impuestos amenaza con ser como un obús en la línea de flotación del sector productivo español.

Los economistas consideran que hay que salvaguardar la competitividad de la economía española. Con una economía interior muy dañada por el confinamiento, buena parte de la recuperación se fiará al sector exterior. España cuenta con una de las economías más abiertas del mundo, con más del 67% del PIB entre importaciones y exportaciones. Subir impuestos al tejido empresarial dañaría seriamente la competitividad del sector exterior. Sería matar la gallina de los huevos de oro y, posiblemente, provocaría según los expertos una deslocalización de algunos sectores. Los recorres serán inevitables.

Editorial / Página 2

El G20 encara dividido la búsqueda de una respuesta conjunta al virus

CUMBRE VIRTUAL/ Alemania aparca las reglas fiscales que ha defendido a ultranza en la última década y gastará más de 122.000 millones de euros adicionales para hacer frente a la pandemia.

P. Cereza. Madrid

El G20 se enfrenta esta semana a un desafío que podría ser incluso superior a la crisis financiera y no podría hacerlo con una mayor división entre sus miembros: con tensiones entre EEUU y China, cuyas disputas han resurgido a raíz del coronavirus, con una guerra comercial a tumba abierta entre Arabia Saudí y Rusia, y con problemas diplomáticos también entre Reino Unido y Europa (y entre EEUU y Europa), debido a la vía unilateral que han practicado Londres y Washington.

Esta división supone un duro reto de cara a lograr una respuesta conjunta al coronavirus por este grupo que combina a las grandes potencias con los mayores países emergentes. “Los líderes de los países del G20 propondrán un conjunto de políticas coordinadas para proteger a la gente y salvaguardar la economía global”, señaló la semana pasada Arabia Saudí, que actúa como anfitriona del encuentro aunque sea completamente virtual. Con todo, las esperanzas de que los principales líderes mundiales decidan aunar sus esfuerzos como hicieron en 2008 y 2009 son limitadas y, si se pueden ver por algún sitio, se deben precisamente a la gravedad de la crisis, con más de 300.000 infectados en todo el mundo, más de 13.000 fallecidos y la amenaza de que esta cifra se siga aumentando exponencialmente conforme el coronavi-



El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, con su homólogo chino, Xi Jinping.

rus se propague. Y esta unidad de acción es crítica en el momento actual, dado que los expertos aconsejan tomar medidas serias para asegurar la liquidez del sistema financiero y asegurar que este capital se traslada hacia los negocios, evitando quiebras innecesarias. Por ejemplo, ex altos cargos estadounidenses señalan a *Reuters* la urgencia de que el G20 convenciera a los bancos de detener la recompra de acciones, dividendos y bonus para los directivos, dejando ese dinero disponible para el funcionamiento de las

entidades. Esto se debe a que la recompra de acciones puede parecer una opción muy atractiva a los precios actuales desde la lógica individual, pero si todos los bancos llevaran a cabo esa política se quedarían sin dinero para asegurar el crédito a las empresas; un crédito necesario para evitar despidos o para relanzar la actividad una vez acaben las turbulencias. O, incluso, para asegurar la sostenibilidad de los propios bancos tras las pérdidas que se avecinan.

También señalaban que la coordinación es clave para

asegurar la efectividad de estas medidas, tal como había sucedido durante los inicios de la crisis financiera. Sin embargo, “la cooperación global requiere que EEUU y China encuentren la manera de trabajar juntos, esto apenas parece factible ahora dada las crecientes tensiones y cruces de acusaciones entre ambos países”, señalan Matthew Goodman, consejero del ex presidente estadounidense Barack Obama, y Mark Sobel, que trabajó para el Tesoro de ese país durante 40 años. Y a esto hay que sumar que la re-

La ‘guerra del crudo’ y las tensiones EEUU-China, los principales escollos para un acuerdo

lación entre EEUU y Europa no pasa por su mejor momento, después de que Trump decidiera cerrar los vuelos a territorio estadounidense, ni tampoco entre Londres y Bruselas, debido a la tardanza de Reino Unido en actuar. Con todo, hay otro gran foco de tensión: la guerra por el mercado petrolero. Tanto Arabia Saudí como Rusia parecen incapaces de dar su brazo a torcer y mantienen la idea de inundar el mercado global del crudo, aunque eso implique una fuerte pérdida de ingresos tanto para los dos gigantes exportadores como para sus socios. Esta pugna ha dejado la cotización del petróleo en su nivel más bajo desde principios de siglo, a pesar del pequeño empujón a la demanda por parte de EEUU.

Alemania y las reglas

En este contexto de actuaciones individuales, Alemania prevé gastar 122.500 millones adicionales este año en combatir la pandemia, informa *Financial Times*, aparca así las reglas fiscales que de forma obsesiva ha defendido en la última década. Lo hará en un escenario en el que se prevé una caída de ingresos de 33.500 millones en el país.

fiscal podría ayudar a mejorar algo la situación. El problema es que no está muy claro qué tipo de política fiscal se necesita. La crisis actual ha generado una serie de distorsiones en el sistema productivo que no se solucionan con una política tradicional de crecimiento del gasto. Y, en todo caso, habría que tener mucho cuidado con la financiación de tal gasto, ya que un aumento de la presión fiscal tendría en estos momentos efectos muy perjudiciales. Las medidas deberían ir, por el contrario, dirigidas a mantener la actividad de las empresas, lo cual exigiría en estos momen-

tos bajar los impuestos, no subirlos.

El aumento de la deuda pública parece, por tanto, inevitable. Y es importante señalar que no todos los países se encuentran en la misma situación a este respecto. Comparemos, por ejemplo, a España con Alemania. Mientras nuestro país tiene una deuda cercana al 100% del PIB, la de Alemania, aun siendo elevada, no llega al 62%. Y frente al superávit presupuestario que los alemanes mantienen desde hace ya cinco años, en España seguimos con déficits muy elevados de carácter estructural que no hemos conseguido reducir de

forma significativa ni en los años de mayor crecimiento económico. El Gobierno alemán tiene, por tanto, una capacidad de maniobra muy superior a la que tiene el gobierno español. Y esto se va a notar en el próximo futuro. Que la Unión Europea flexibilice las cifras máximas de déficit para países como el nuestro puede ser un alivio en el corto plazo; pero no soluciona el problema. Las deudas habrá que pagarlas y esto obligará –guste o no– a controlar el gasto y, probablemente a incrementar los ingresos fiscales; en unos momentos en los que esta última medida es, como

hemos visto, muy desaconsejable.

Por otra parte, no disponemos estimaciones fiables de la posible evolución de la tasa de paro como consecuencia de la pandemia. Pero aquí de nuevo nuestra posición es de clara desventaja; y en este tema estamos no sólo mucho peor que Alemania, cuya tasa de paro es inferior al 4%, sino peor también que el resto de los países europeos, con la única excepción de Grecia. Tampoco aquí se hicieron bien las cosas; y medidas como las últimas subidas del salario mínimo van a pasar factura ahora. Un salario mínimo alto puede crear po-

cas distorsiones cuando la economía va bien; pero puede dejar en el paro a mucha gente en una situación como ésta.

De esta crisis saldremos, no cabe duda. Pero hay que plantearse desde hoy mismo cuál debería ser la política económica de los próximos años. Y parece claro que hay que cambiar la dirección y renunciar a muchas de las medidas que nuestro gobierno promovía hace sólo unas semanas. Nos jugamos mucho en ello.

Catedrático de Economía de la Universidad Complutense Fundación Civismo